

Jesús en la memoria

1

Estaba a punto de aparecer el primer número de esta revista cuando Jesús me preguntó si iba a colaborar en ella. El calor era insoportable aquel verano del 96. Ni una gota de brisa, ni una gota de sudor: uno se cocinaba por dentro, simplemente. Yo hacía una breve escala en Madrid, procedente de Mannheim, o de Tenerife, o de Alicante, no recuerdo. Habíamos estado conversando en un banco del Retiro y ahora subíamos por Gran Vía hacia Fuencarral, en una de cuyas sigilosas *pensiones* —que yo conocía desde mi época de estudiante— me alojaba en el viaje de regreso a La Habana. Le respondí que prefería esperar a que salieran los tres primeros números. Rechazó la evasiva con un gesto. «Yo sé que no vas a colaborar —me dijo—. Ni tú ni Retamar van a colaborar.» Siempre me he preguntado por qué nos asociaba a Roberto y a mí en aquella previsible negativa que, desde su óptica, y no sin razón, implicaba un acto de hostilidad o intransigencia. Pues bien, en homenaje a su memoria —y atendiendo la invitación de Carlos Espinosa— he decidido contrariar su pronóstico, hacer una excepción, por primera y —supongo— última vez.

2

Aquél fue sólo uno de los varios encuentros que tuvimos desde que salió definitivamente de Cuba, a principios del 91. El primero había sido en Mérida, Venezuela, en el verano del 93, durante un congreso de escritores dedicado a Mariano Picón Salas. Él venía de Madrid. Yo había llegado un día antes, procedente de Caracas, donde estuve dos semanas dirigiendo un Taller de Guiones Cinematográficos en el Centro Rómulo Gallegos, y fui a esperarlo al aeropuerto con dos amigos muy queridos por ambos, Julio Miranda y Milagros Socorro. Creo que también estaba allí Gregory Zambrano, uno de los organizadores del congreso, a quien yo acababa de conocer y que si mal no recuerdo se proponía escribir su tesis de licenciatura sobre la obra de Jesús. Fue una feliz coincidencia que al congreso asistiera Román de la Campa, uno de los integrantes de aquel

Ambrosio Forner

grupo legendario, residente en los Estados Unidos, cuyo reencuentro con la patria registró minuciosamente Jesús en un documental austero y conmovedor.

Esa noche hubo fiesta en los jardines del motel donde nos alojábamos, en las afueras de la ciudad, y en cierto momento Jesús y yo nos retiramos subrepticamente a una zona cercana a la piscina vacía, dispuestos a inventariar recuerdos y a ventilar diferencias sin más testigos que los sapos y los grillos. Por increíble que parezca, nadie tuvo la indiscreta ocurrencia de acercarse. Estuvimos conversando y tiritando de frío hasta bien entrada la madrugada.

3

Allí se hizo evidente que nuestra amistad —precisamente por tener raíces tan profundas— sólo podía mantenerse en las fronteras de la esquizofrenia. Éramos los mismos, en lo personal, pero rajados por la mitad o mejor dicho doblados en dos tiempos y dos personalidades distintas en lo político. Y como para Jesús —y para mí también, no tardé en darme cuenta— lo personal y lo político estaban íntimamente unidos, resulta que la simple relación personal tendía a hacerse conflictiva en cuanto se proyectaba al espacio público. Lo paradójico era eso. A pesar de la diferencia de edades —yo le llevaba casi diez años a Jesús—, nuestra amistad era demasiado sólida, demasiado compacta, se basaba en demasiados gustos, experiencias y aspiraciones compartidas como para admitir ese tipo de fractura, una quiebra que no amenazara con extenderse y resquebrajar el conjunto. Como extraños siameses, habíamos estado unidos desde siempre por la columna vertebral de aquel binomio ígneo —Literatura/Revolución— que iluminó como un fogonazo la atmósfera social y cultural de una época. En esa atmósfera lo conocí, cuando él era todavía un muchacho y acababa de inaugurar toda una corriente narrativa con el volumen de cuentos *Los años duros*, premio Casa de las Américas. Rezumaba talento, lucidez y energía por todos los poros: era narrador, dramaturgo, ensayista, profesor de marxismo, intérprete estusiasta de guarachas y guaguancós, polemista temible... Ya en esos años, con una arrogancia de mosquetero, la emprendió a estocadas contra supuestos esteticistas, por un lado, y convencidos populistas, por el otro, excesos que le aplaudíamos o perdonábamos por admiración o reciprocidad, porque sabíamos que su pasión era auténtica y porque él mismo tenía la suprema virtud de ser amigo de sus amigos.

Para mí —y para otros muchos como yo—, Jesús, acusado a menudo de autosuficiente y autoritario, era sin embargo, o por eso mismo, el producto *natural* de su tiempo. Encarnaba el prototipo del joven escritor que nosotros no fuimos ni podíamos haber sido por la sencilla razón de que ese espécimen no prosperaba en el árido suelo de nuestra época. Él era dueño de su mundo, un animal político en el sentido estricto de la palabra, que se proyectaba sobre la *polis* sin titubeos, consciente de hallarse en plena posesión de sus derechos de ciudadanía. Y no se trataba sólo de un estado de ánimo sino también, y sobre todo, de un estado de cosas, un despliegue de alternativas reales, situadas al alcance de la mano. Cierta día, aquel joven de familia modesta quiso enseñar y obtuvo una cátedra, quiso publicar y encontró editoriales,

quiso fundar revistas y halló los recursos necesarios, quiso viajar y recorrió medio mundo, y cuando —forzado por las circunstancias— decidió hacer cine, pudo dirigir documentales y películas, tanto dentro como fuera de Cuba.

Claro que nada de eso ocurría en condiciones de laboratorio ni sobre la alfombra de Aladino, sino en medio de un tumulto de contradicciones e intereses en pugna, donde tanto Jesús como sus compañeros actuaban unas veces como martillo y otras como yunque, enfrentando o esquivando cautelosamente los obstáculos, arañando al contrario o en retirada, lamiéndose las heridas. Esto último fue lo que sucedió en un período como el Quinquenio Gris, iniciado en 1971, durante el cual la mediocridad y el dogmatismo se alzaron con el poder cultural e intentaron construir un mundo a su torcida imagen y semejanza. Por lo pronto, pretendieron negar el arte y la literatura existentes en nombre de una cultura de maquiladora cuyas piezas, recién importadas y barnizadas de color local, debían ensamblarse a toda prisa en la oxidada planta de montaje del realismo socialista. Fue entonces cuando Jesús, refugiado en el ICAIC —territorio libre de dogmatismo— hizo sus primeros guiones, en colaboración (*¡Viva la República!*, 1972, de Pastor Vega, *Ustedes tienen la palabra*, 1973, de Manuel Octavio Gómez), dirigió sus primeros cortos (*Cambiar la vida* en 1975, *Canción de Puerto Rico* en 1976) y acabó desarrollando una intensa actividad política, como secretario general del PCC en el ICAIC, entre los años 76 y 80, período que coincide con la etapa de realización de sus dos grandes documentales (*55 hermanos*, 1978, y *En tierra de Sandino*, 1980). No sé cómo se las arreglaba para seguir escribiendo prosa narrativa, pero es también en esos años cuando termina la primera versión de *Las iniciales de la tierra*, cuya ingeniosa estructura —la del cuestionario que se sometía a los aspirantes a ingresar al PCC— la condenó al limbo de una censura tácita, que no osaba decir su nombre: aquel juego imaginario se consideró una herejía, sobre todo viniendo de un *militante* (como se denomina en Cuba a la persona que pertenece al Partido Comunista). Por cierto, se cumplía así, una vez más, el refrán según el cual no hay mal que por bien no venga, porque cuando se levantó al fin la no declarada prohibición —en 1981, si mal no recuerdo— Jesús, en lugar de correr con la novela para la editorial, como seguramente lo aconsejaba la impaciencia, tuvo la sangre fría y el valor profesional de sentarse a reescribirla de cabo a rabo, por lo que la versión que conocemos es incomparablemente superior al original. (Seguí desde tan cerca ese proceso que todavía puedo evocar la acción de *Las iniciales* capítulo por capítulo, con sus correspondientes pausas, como debió ocurrirles a los lectores de las novelas por entregas.)

4

Así que allí estábamos, en el lomo de los Andes, a quién sabe qué horas de la madrugada, junto a la piscina vacía de aquel motel de Mérida, sabiendo que ya nada iba a ser igual y que no había nada que añadir. Su decisión del año anterior nos había colocado inesperadamente en bandos ideológicos opuestos. Él la argumentaba como una toma de conciencia, no sé si gradual o súbita, sobre la situación política de Cuba. Me atrevería a resumirla con las palabras

que él mismo utilizó tiempo después, al referirse al llamado caso Padilla: en aquella época «muchos, yo entre ellos», escribió, «estábamos fascinados por la utopía cubana, ciegos a la realidad dictatorial que ya se enmascaraba tras ella...» No era la ceguera misma, sino el hecho de que le durara *veinte* años más lo que, en mi opinión, hacía insostenible su argumento. Se me dirá que uno tiene el derecho de rectificar, que cualquiera podía llegar a esa conclusión, que Jesús no era el primer intelectual cubano que decidía marcar distancia, romper abiertamente o —como dice *La Gaceta de Cuba* en el sentido obituario que acaba de dedicarle— abjurar «del proyecto cultural y político de la revolución cubana». Cualquiera podía hacerlo, es verdad, muchos lo habían hecho antes, otros más lo harán en el futuro, probablemente, pero la cosa es más simple y más complicada a la vez: Jesús no era *cualquiera*. Jesús era Jesús —una prueba palpable de la existencia de la Revolución—, y ahí estaban su trayectoria política y su obra narrativa y cinematográfica para demostrarlo. Nadie, ni uno solo de los escritores del exilio, había dicho o hecho lo que él hizo y dijo a lo largo de *treinta* años; nadie había participado en tantos combates y escaramuzas, ni fungido como ideólogo de una generación, ni escrito aquellos cuentos, artículos, testimonios y novelas, ni concebido y dirigido aquellos filmes (los ya citados documentales, a los que muy pronto se sumarían las películas *Polvo rojo*, 1981, y *Lejanía*, 1985). Jesús era Jesús y por eso —caigo ahora en la cuenta— decidí allí mismo, junto a la piscina, en medio de aquella sinfonía de grillos y sapos, asumir la esquizofrenia como base de nuestras relaciones futuras, lo que me parecía el único modo —valga la paradoja— de mantener con él una relación *sana*. No podía dejar de ser su amigo pero no podía reconocer del todo a mi amigo en aquel Jesús que ahora tenía delante. O mejor dicho, podía, sí, siempre que la conversación no derivara hacia temas escabrosos, es decir, siempre que no «cayera» en la política. Pero ese silencio autoimpuesto —que podía funcionar muy bien con las tías y los primos del exilio— no significaba nada entre nosotros, porque ninguno de los dos se abstenia de «hablar de política» en privado y en público, y yo, por mi parte, siempre me enteraba —a veces con tristeza, otras con irritación— de lo que él escribía en los periódicos o declaraba a las agencias de noticias. Para decirlo en cubano: no era fácil. Si la Revolución, ahora, resultaba ser como él decía, yo, que la apoyaba —que *todavía* la apoyaba— era un canalla. En cambio, si lo que él decía no era verdad, o era sólo una verdad a medias... No, no era fácil en absoluto. Y menos aún en la situación internacional que siguió a la desintegración del Gran Simulacro Socialista, en la que se anunciaba el Fin de la Historia y, con ello, el muy probable fin de aquel experimento utópico que alguna vez el Che había descrito como una relación entrañable y dinámica entre el hombre y el socialismo en Cuba. Caminábamos por el filo de una navaja, dependiendo de las expectativas de cada quien, todo —tanto las soluciones milagrosas como las catástrofes inminentes— parecía posible. Pero yo no creía en milagros, de manera que tenía que prepararme para lo peor. Aquí en Cuba se entendió que también Jesús se estaba preparando para afrontar ese desenlace, pero cantando victoria, con la satisfacción de haber abandonado a

tiempo un barco que se hunde. Si yo hubiera compartido ese criterio, el de considerar a Jesús un vulgar oportunista, no habría podido seguir siendo su amigo. El nivel de mis perplejidades se trasluce todavía en la carta que le escribí —y que me permitiré citar *in extenso*— al historiador y crítico de cine inglés Michael Chanan, a propósito del obituario que éste le dedicó a Jesús en *The Guardian*, de Londres. Con Chanan —a quien ambos admirábamos como persona y como autor de *The Cuban Image*, un clásico en la historiografía del cine cubano— nos unía una vieja amistad. De ahí el comienzo de mi carta: «Todavía recuerdo con nostalgia nuestros encuentros en La Habana y aquel magnífico *brunch* al aire libre que tanto tú como Pat nos ofrecieron a ambos en el Paseo de la Castellana». Eso había sido probablemente en el 97 ó 98, cuando yo regresaba vía Madrid de un trabajo en Tenerife —el guión de *Mambí*, película de Teodoro y Santiago Ríos, en el que colaboró con nosotros Rolando, el hermano de Jesús—, o tal vez de un curso de verano en la Universidad de Alicante. Al leer, conmovido, aquel obituario que Chanan acababa de enviarme, sentí la necesidad de puntuar algunas íes.

Debo hacerte algunas precisiones en relación con un aspecto clave que para nosotros sigue siendo un misterio (y que en su momento produjo un verdadero estupor aquí, entre sus amigos). Ese aspecto se resume en la pregunta: ¿Por qué se exilió Jesús? O mejor dicho, ¿por qué decidió asumir públicamente la condición de exiliado político? Desde hacía un par de años, él estaba en Berlín, con toda su familia, primero con una beca y después como profesor de la Escuela de Cine. Seguía siendo militante del PCC en el ICAIC. Seguía manteniendo con nosotros, sus amigos, una relación normal y fraternal. Las críticas que tal vez hacía allá, sobre aspectos específicos de la política o la política cultural de la Revolución, no podían ser más drásticas de las que hacía aquí, y a menudo muy semejantes a las que hacíamos nosotros. Su posición crítica —como la de Titón [Gutiérrez Alea], como la de tantos otros— formaba parte de su actividad intelectual. Puede haberle acarreado muchos enemigos, pero también muchos aliados.

Que yo sepa, nadie aquí en el ICAIC, la UNEAC o el Ministerio de Cultura objetó nunca que Jesús no regresara de inmediato a Cuba al terminar su beca. Y nadie lo objetó por dos razones: primero, porque era un compañero de absoluta confianza, del que nadie podía suponer, ni remotamente, que iba a cambiar de bando; y segundo, porque el Muro de Berlín se había desplomado y la Unión Soviética acababa de desaparecer, y en Cuba la incertidumbre sobre el futuro era grande, y la situación económica empezaba a hacerse tan difícil que no tenía sentido pedirle a Jesús que apresurara su regreso.

Para decirlo brevemente y con toda ingenuidad: yo no entendía —no entiendo, tal vez no *quiera* entender— por qué Jesús se embanderó como vocero de un exilio que no era el suyo y al que, en definitiva, llegó demasiado tarde. Sé que dondequiera que estuviera iba a desempeñar un papel protagónico —estaba genéticamente programado para ser cacique, no indio—, pero

ese protagonismo podía haber asumido fuera de Cuba un carácter diferente, similar al que de hecho, como le digo a Chanan, tuvo en Cuba: el del intelectual cuya actitud crítica está puesta en función de una causa, no contra ella. En fin, no se trata ahora de imaginar la historia que *no* ocurrió. Lo que ocurrió fue que Jesús apareció de pronto al otro lado, cuando menos lo esperábamos, y que en torno a ese insólito hecho comenzó a tejerse una red de especulaciones, tergiversaciones y leyendas. De ahí que yo, al ver que una persona tan cercana y tan enterada como Chanan repetía sin reparos algunas de ellas, me sintiera obligado a hacer las «precisiones» de rigor, desde mi muy personal punto de vista.

5

Nadie pudo haberle «advertido» a Jesús —nadie con dos dedos de frente, quiero decir— que más le convenía no volver a Cuba en 1991, después del estreno y subsiguiente prohibición del filme *Alicia en el pueblo de Maravillas* (una desenfadada sátira sobre el burocratismo). Tanto el director (Daniel Díaz Torres) como el guionista (Eduardo del Llano), ambos amigos de Jesús, aseguran que éste colaboró muy eficazmente con ellos como asesor, pero sin aportar al guión ni una sola línea de su cosecha. Ciertamente que los enemigos de Jesús (que, como buenos guardianes de la doctrina, solían serlo también de sus amigos y de todo lo que olera a *diversionismo ideológico*), creyeron ver su perniciosa influencia en los desenfadados planteamientos de la película, pero en ninguna de las discusiones que tuvimos sobre ella, a los más altos niveles, fue inculcado de semejante herejía. «Los anillos de la serpiente» —el artículo en el que Jesús hizo pública su ruptura con la Revolución a principios de 1992— se reprodujo aquí en *La Gaceta de Cuba* y suscitó una airada reacción del entonces Ministro de Cultura, cuya condena *moral* fue convertida por Jesús —no sé si sincera o burlescamente—, en una *fatwa*, como si los metafóricos anillos de su argumentación fueran otros tantos versículos satánicos que merecieran la sentencia fatal de un ayatolá criollo. Cuando Jesús fue a Miami en plan de periodista, lo que nos escandalizó (y dolió) no fue que se reuniera con miembros de la extrema derecha cubana, sino que al volver a Madrid, después de volar con los pilotos de la organización Hermanos al Rescate, publicara «Al rescate de los Hermanos», artículo en el que, desde el título mismo, parecía sellar una amistad que a nosotros, sus verdaderos hermanos de toda la vida, nos dejaba fuera. En fin, terminaba mi amistosa controversia con Chanan subrayando lo que me parecía más importante: «Jesús hizo lo que hizo a plena conciencia, tanto antes como después de escoger el exilio, y no necesita, creo yo, que le reconstruyamos su biografía, donde por lo demás hay muchos momentos inolvidables, tanto en el plano personal como intelectual.»

6

Y allí estaba yo, petrificado, con el auricular incrustado en la oreja mientras del otro lado de la línea, en Miami, José Antonio Évora se esforzaba por parecer sereno y se veía obligado a repetirme aquella disparatada noticia, que yo

no acababa de entender. Él quería una opinión para el obituario que iba a publicar al día siguiente en *El Nuevo Herald* y yo apenas acertaba a balbucear mi estupor y reiterar mi firme convicción de que los primeros relatos y novelas de Jesús eran momentos fundacionales de la narrativa cubana contemporánea. Jesús había sincronizado uno de esos momentos con el curso de nuestra amistad al dedicarme *Las palabras perdidas*, que por cierto sigue sin ocurrir entre nosotros. Él la había terminado en 1990 y la entregó a la Editorial Letras Cubanas antes de salir para Berlín. Estaba en proceso de edición muy avanzado —yo mismo, con su autorización, revisé y aprobé el texto de contraportada— cuando todo se paralizó al aparecer «Los anillos de la serpiente». Ahora que esa deuda suya ha sido trágicamente cancelada tenemos que empezar a pensar en cancelar nosotros la nuestra.

7

Yo creí ingenuamente que con la nueva situación se cerraba un capítulo de nuestras relaciones bilaterales en el terreno de la crítica y la autocrítica, pero dos o tres años después Jesús me envió el manuscrito de *La piel y la máscara*, la primera novela que escribía en el exilio, para que le diera mi opinión. Confieso que me sentí molesto con él y, para picar su amor propio, le mandé a decir que su visión de la realidad cubana se había hecho de pronto tan fríamente crítica, tan distante, que la novela parecía escrita por un suizo (se suponía que eso fuera una ofensa, para un tipo tan criollo como Jesús). Tiempo después me envió la novela ya editada «con la ilusión —según reza en la dedicatoria manuscrita— de que no le parezca demasiado suiza, y el compromiso de seguir adelante». ¿De «seguir adelante», me preguntaba yo, en la misma dirección? A mi juicio, ese camino conducía directamente a la rutina de la llamada novela *anticastrista*, subgénero que floreció entre 1965 y 1971, y estaba conociendo en esos años un *revival* por obra y gracia de las circunstancias y de las perentorias y lucrativas exigencias del mercado. Semejante destino literario, a mi juicio, le quedaba estrecho a Jesús. Toda aquella pasión, aquel ingenio, aquel desenfado verbal, aquella búsqueda de sentido, aquel humor, aquel forcejeo imaginario con una realidad dinámica y cambiante, toda esa suma de talento y audacia que hierve en *Los años duros*, en *Las iniciales de la tierra*, en *Las palabras perdidas...* ¿iba a desembocar en novelas cuyos mayores méritos consistirían en ser políticamente (in)correctas y técnicamente impecables? ¿Todas aquellas glorias, como las del abatido Julio César de Shakespeare, se reducirían a tan pequeño espacio? Jesús siguió enviándome ejemplares de cada una de sus novelas, con dedicatorias generosamente personales o simplemente corteses, que revelaban el paso del tiempo y los correspondientes estados de ánimo («Para mi maestro... con la admiración y la nostalgia de...», en *Dime algo sobre Cuba*; «Para el maestro..., esta historia lejana y el afecto de...», en *Siberiana*; «Para mi maestro... esta *non fiction* por los duros caminos de Europa y un saludo de...», en *Las cuatro fugas de Manuel*). Yo las leía con interés —la última, sobre todo—, pero siempre con la inquietante sensación de que Jesús estaba poniendo en ellas más oficio que pasión, que

todas —demasiado bien *construidas*— quedaban por debajo de su talento, de sus propias posibilidades creadoras.

8

Y fue entonces, al colgar el teléfono, al tratar de reconstruir en detalle la conversación con Évora, cuando realmente me di cuenta de lo que había pasado. Lo que había pasado es que Jesús ya no existía. Tuve la escandalosa impresión de que el orden del universo se había alterado, que se había cometido una injusticia flagrante, que estaba ocurriendo por error algo que *todavía* no debía ocurrir, como cuando, en tiempos de guerra, todo se pone de cabeza y son los padres los que entierran a los hijos. Pero la memoria es voraz y egoísta. La mía se disparó de pronto en todas direcciones, impulsada por el horror al vacío, queriendo recuperar el tiempo compartido sin dejar el más mínimo espacio a la depresión y el desconcierto. No sé qué extraño mecanismo es ése. Tiene que ver con la nostalgia, sin duda. Lo cierto es que mordió sin previo aviso sobre una foto que aparece y desaparece en mi casa por etapas, cuando registro viejas carpetas buscando recuerdos de familia o la copia de un certificado de nacimiento. Es, hasta donde recuerdo, la única fotografía en la que Jesús y yo aparecemos juntos, en 1979, cuando por primera vez coincidimos como jurados del Premio Casa de las Américas (habría una segunda vez, diez años más tarde). Ninguno de los dos peinaba canas todavía. Pero la nostalgia, o lo que sea, siguió mordiendo alevosamente aquí y allá, sobre paisajes y momentos de los que no ha quedado constancia gráfica, como se dice en la jerga periodística. Los evoco en instantáneas caóticas, frágiles como mi propia memoria, sabiendo que no podrán desafiar por mucho tiempo el paso inexorable del tiempo. Ahí está Jesús en la sala de mi casa, mientras toda la familia duerme, fumando como un trastornado y hablando hasta por los codos de temas y personajes literarios entrañables, tanto propios como ajenos; ahí está, haciendo polémicas intervenciones en una multitudinaria asamblea de trabajadores del ICAIC celebrada en el cine Chaplin a fines del 90; ahí está en un abigarrado y ruidoso tenducho de Times Square, en Nueva York, posando divertido para un cartel que mostrará su rostro impasible sobre la ominosa advertencia: WANTED; ahí está en un seminario del Festival de Cine de La Habana presentando una ponencia sobre Carpentier; ahí está en un pequeño bar de Santa Cruz de Tenerife, no lejos del único lugar detestable de la ciudad —la Plaza Valeriano Weyler— asegurándome que, pese a lo avanzado de la hora, siempre iba a encontrar guagua para regresar a mi hotel en La Laguna; ahí está dialogando en la Universidad de La Habana con centenares de estudiantes, lectores entusiastas de *Las iniciales de la tierra*; ahí está, como cumplido anfitrión, en su flamante apartamento madrileño, ofreciéndonos un suculento almuerzo a Jorge Goldenberg y a mí, y presentando orgulloso a su hija Claudia, convertida ya en una linda adolescente. Y ahí está trayéndome libros, tratando de mantenerme más o menos «al día» en lo que a narrativa respecta. De sus viajes o sus encuentros con amigos volvía casi siempre con un trofeo que no tardaba en obsequiarme: *Respiración artificial*, de Piglia, *Hijos de*

la medianoche, de Rushdie, *Juegos de la edad tardía*, de Landero (un ejemplar, por cierto, que previamente le había regalado a él Alfredo Bryce cuando estuvo en La Habana, en el 90)... Ahora yo lo reencontraba como al azar en esos fogonazos de la memoria casi al tiempo en que descubriría, en las llamadas y los mensajes de tantos amigos comunes, lo que podría llamarse la imagen pública de nuestra amistad, una imagen que yo —sinceramente— desconocía y que me conmovió hasta los huesos. De pronto me di cuenta de que, a los ojos de los demás, yo era aquí *el* amigo de Jesús, la persona a la que en aquellas circunstancias había que darle el pésame. El mapa de ese estado de ánimo tenía su centro en La Habana pero se ramificaba por medio mundo; los mensajes llegaban de Miami, de Chicago, de Barcelona, de Londres, y se formulaban asimismo, según supe después —como tácitas condolencias, como nostalgia de los viejos tiempos— en Boston, San Juan, Nueva York, Monterrey...

Entonces era eso lo que había pasado, que Jesús ya no existía y que justamente por eso se negaba a desaparecer. No se trataba de libros o películas. Está claro que la historia de la cultura cubana posterior al 59 —en sus primeros treinta años, por lo menos— no podría escribirse prescindiendo de sus aportes como narrador y cineasta. Pero se trataba de algo un poco más complejo y sencillo a la vez, de esa unidad contradictoria y totalmente impredecible que es el ser humano, el alma humana. Lo sé, lo tengo muy presente. El problema es que no quiero establecer con mi propia memoria la relación esquizofrénica que en algún momento, por pura amistad —o por pura comodidad— establecí con Jesús. El Jesús Díaz que recuerdo y cuya imagen quiero conservar es de una sola pieza y tiene un rostro luminoso. Otros se propondrán, desde diferentes ángulos, trazar retratos y balances más o menos objetivos. Yo sólo quiero preservar la convicción de que el largo tramo que recorrimos juntos fue para ambos una aventura espléndida, que nos permitió inscribir las iniciales de la tierra en la empuñadura de una amistad que dura todavía. Y preservar también la certeza de que no podrán quitarme el dolorido sentir porque aquella aventura, aunque insólita, fue una experiencia real y terrenal, cargada de sentido, sin nada que ver con el paraíso, el infierno, las alucinaciones o las pesadillas.

La Habana, verano de 2002.